

coronel Fontiveros y otras tres señoras, doña Cinta Fox, doña Mariana Guardia y doña Francisca Urquiza, que retenía Cabrera en su cuartel general en clase de rehenes, á las que es fama que trataba con cortesía y agasajo en la esperanza de conseguir el canje por su madre y hermanas, presas en Tortosa. A este apetecible canje se hallaba propicio Palarea, y es verosímil que se hubiese efectuado y sido el principio de que la guerra adquiriese en aquella zona de la Península el carácter de beligerancia que á la del Norte había dado el convenio de Lord Elliot, á no haber el funesto incidente de los alcaldes de Valdealgorza y Torrecilla intervenido en daño de estipulaciones reclamadas por el derecho de gentes.

El lúgubre y acusador cuadro que presentan los hechos relacionados con la muerte de la madre de Cabrera, daría lugar á un episodio histórico de dramático interés, no menos que á un interesante estudio del enconado espíritu y feroces costumbres que engendró la guerra civil, si no pudiese límites al estímulo literario á que el asunto se presta, la obligación en que estamos de narrar en limitado espacio tantos y tan importantes sucesos como los que forman la historia de la minoría de la Reina doña Isabel.

Dispénsanos también de entrar de nuevo en el asunto y de hacernos cargo de pormenores que han fijado la atención de varios autores contemporáneos, la consideración de haber expuesto lo mas esencial del cruento hecho, acompañado de esclarecimientos y de datos que hasta el presente habían permanecido inéditos, datos que completa y enriquece el sumario de interesantes documentos que hallarán los lectores reunidos entre los de referencia, insertos como nota del presente capítulo.

Consumado que hubo Cabrera los sangrientos holocaustos con los que quiso saciar la venganza encendida en su duro pecho por la provocación hecha á su congenial ferocidad, resolvió á mediados de marzo reasumir sus expediciones y correrías.

Dirigióse primero á Híjar y de allí á Albalate, en cuya comarca se tiroteó sin resultado notable de una ni otra parte, con la columna liberal mandada por Churruca. El 26 se presentó en Rubielos desde donde rápidamente corrióse al llano de Valencia, cuyas ricas poblaciones puso á contribución, haciendo en ellas amplia cosecha de dinero, víveres y caballos.

El 29 penetraba por estratagemas y sorpresa en la opulenta villa de Liria, situada á cuatro leguas de Valencia. Los nacionales de la primera de dichas poblaciones regaron sus calles con abundante sangre, llevándose además Cabrera 27 prisioneros que inhumanamente fusiló en Chiva, juntamente con varios nacionales de este último pueblo y del de Cheste, crueldad que exasperó á las mujeres de las víctimas en términos, que á la llegada de las tropas de la Reina, las madres, las hermanas y las hijas de los inmolados requirieron armas y querían salir con la tropa en persecución de los verdugos de sus deudos.

En medio de la fructífera correría, detúvose Cabrera en Buñol, obligado á guardar cama por efecto de una fuerte calentura. En aquel estado le llegó la noticia de la aproximación de Palarea. No vaciló el jefe carlista en vestirse y montar á caballo, dudoso todavía, sin embargo, de si aguardaría al enemigo ó rehuiría el encuentro, según la calidad de las tropas que condujese. Informado que llegó á estar de que se componían en gran parte de nacionales de Valencia, no dudó en esperarlos, recibiendo halagüeñas esperanzas de fácil triunfo. Pero el enemigo que se resolvió á afrontar era un veterano de la guerra de la Independencia, era don Juan Palarea, por otro nombre el Médico, profesion que abandonó en 1808 para empuñar las armas en defensa de la honra y de la independencia de su patria.

Bajo el mando de aquel jefe tan bizarro como experto, los nacionales se condujeron como aguerridos soldados, y aunque Cabrera desplegó todo el lleno de su pericia guerrillera y de su fecunda inventiva, y aunque su gente se condujo con valor, el jefe liberal logró desalojar á los carlistas de las fuertes posiciones que habían ido sucesivamente ocupando y de las que acabaron por ser dispersados con considerables pérdidas de muertos y heridos.

El resultado de la jornada de Chiva reanimó el espíritu de los pueblos adictos á la causa liberal, en circunstancias que hacía bastante críticas el saqueo que acababa de experimentar la rica comarca que baña el Turia, de la que además de recursos sacó Cabrera no pocos reclutas, cuyo mando confió á don Miguel Sancho, mas conocido por el nombre de el fraile de Esperanza.

De Cherta marchó el jefe carlista con el grueso de su gente á reunirse con Quiles en Aragon, donde dispuso que, reunido este al Organista y al Royo de Noguereuelas, se dirigieran á Mora de Ebro.

Llegados que fueron al frente de la población, intimaron la rendición á sus defensores, propuesta bizarramente rechazada, invocando la memoria de los nacionales sacrificados en Chiva. Empeñóse Quiles en reducir á los de Mora formalizando el asedio, pero tuvo que abandonar su intento habiendo sido llamado por Cabrera para operar contra la villa de San Mateo, en la que lograron los carlistas penetrar por el derribo de las tapias, contratiempo que no bastó para hacer decaer el ánimo de los nacionales, que intrépidos y resueltos, arrojaron del pueblo á los agresores, viéndose estos obligados á retirarse, dejando tendidos en las calles setenta y tres de los suyos, y en poder de los nacionales diez y nueve prisioneros. En aquellos mismos dias logró otro triunfo sobre los carlistas el comandante de armas de Benicarló. Noticioso de que vagaban por las cercanías cien infantes y un destacamento de lanceros de la columna del Serrador, cargados de considerable botín, fruto de sus recientes correrías, logró el de Benicarló alcanzarlos, y sorprendidos y embarazados por el convoy de acémilas y de carros que custodiaban, hicieron los carlistas una débil defensa, buscando su salvación en la huida y dejando en manos de los liberales cantidad de armas y todo el convoy.

Interin en los confines de Valencia reportaban los liberales las antedichas pequeñas ventajas, era apurada y triste la situación de sus armas en la parte de Aragon situada al sur del Ebro. El general Rotten no podía moverse de Alcañiz por falta de refuerzos que sin cesar y con empeño pedía al gobierno.

El jefe mas temido por los carlistas, que lo era Noguera, hallábase sin mando y procesado con motivo del sumario que se le formó de resultas del fusilamiento de la madre de Cabrera.

No era mas satisfactoria la situación en que se hallaba el Capitan general de Aragon, cuyo territorio se veía expuesto á simultáneas invasiones, que desde Valencia, el Maestrazgo y Cataluña traían sin cesar columnas enemigas á las provincias de Zaragoza y de Teruel. El estado mayor de la capitania general de Aragon había señalado la importancia de fortificar á Cantavieja, de cuyo proyecto informado Cabrera, tuvo la inspiración de dirigirse en persona á reconocer la localidad, la que juzgó tan ventajosamente situada como punto de depósito y base de operaciones, que *incontinenti* decidió anticiparse á los liberales, fortificando el punto y haciendo de él su cuartel general. Con la febril actividad que caracterizaba al jefe carlista, reunió trabajadores, acopió materiales, dispuso fuerzas que protegían los trabajos, dirigió en persona las obras que en breves dias vió terminadas, y llenado su objeto marchó á Cenia donde encontró fuerzas suficientes para invadir de nuevo la ribera de Valencia, poniendo el colmo á la buena suerte que en aquellos dias tuvieron los movimientos del caudillo carlista, la circunstancia de poder aprovecharse para engrosar su hueste de los fugitivos que de resultas de la derrota de Torner por la columna al mando de Iriarte, se le presentaron en gran número.

Hallándose en Rubielos el 17 de marzo supo Cabrera por sus espías que en el pueblo de Alcotas pernoctaba un destacamento del regimiento de Ceuta; marchó en su busca y dióle alcance cuando ya había salido del pueblo. Atacada la partida en campo raso procuró defenderse ganando una eminencia, pero la falta de municiones la obligó á rendirse bajo la fe de una capitulación verbal, inicua y violada por Cabrera, quien bajo el fútil pretexto de que aquellos soldados habían celebrado burlescamente su entierro y profanado las imágenes de la iglesia del pueblo, mandó desapiadadamente fusilar á los ciento cuarenta y cinco prisioneros

inocentes de la supuesta profanación, hecho que aun en el caso de que lo hubiesen efectuado, jamás podrá justificar la fria crueldad que dictó aquella inicua matanza. Y contraste singular que ofrece el carácter de aquel hombre extraordinario; al siguiente dia de la atroz carnicería ejecutada en Alcotas, dió Cabrera una orden general, en la que vituperando los excesos y depredaciones cometidos por individuos de su hueste, decía que para evitar que en lo sucesivo se repitiesen, ordenaba que todo individuo de su ejército, cualquiera que fuese su rango, á quien se probase haber robado por valor de *cuatro reales para arriba*, seria pasado por las armas, sin darle mas tiempo que el absolutamente preciso para recibir los auxilios espirituales.

No tardó en presentarse la ocasión de aplicar aquella severa orden sin consideración al individuo que había hecho cabeza en el saqueo de una casa. Era sargento el culpable, y al tiempo de sufrir la pena al frente de la division, exclamó Cabrera en alta voz: «Voluntarios: hace pocos dias condecoré á este desgraciado con la cruz de San Fernando, porque era un valiente: hoy se le fusila por ladrón. *Aprended y escarmentad.*»

El jefe que así obraba y pretendía ser solo el que usase del derecho de disponer de la vida y hacienda de sus semejantes, saqueaba en aquellos mismos dias sin miramiento alguno los pueblos de Torrealta, Torrebaña, Ademus, Talayuelas, Sinarcas y otros puntos, con cuyos despojos se encaminó á Cantavieja, llevando al abrigo de sus muros sus enfermos y heridos, hasta entonces diseminados en caseríos y cuevas. Ocupóse Cabrera sin perder dia en mejorar las fortificaciones de la plaza que iba á ser su capital, y en la que estableció oficinas, imprenta y una fundición.

Pocos dias despues, el 11 de mayo, institua en Beceite una junta auxiliar encargada de la repartición y cobro de las contribuciones y de la administración económica del territorio que dominaba.

No tanto por la importancia que en sí tuvieron los movimientos de los carlistas y los de las columnas empleadas en su persecución en las provincias del Este, como cediendo á la consideración de no ser lícito al historiador guardar silencio sobre sucesos que fijaron la atención de las generaciones que asistieron al palpitante drama de la segunda de nuestras guerras civiles en el presente siglo, tenemos que retroceder á fecha algo anterior á la del cambio político narrado en los capítulos I y II del libro anterior.

El dominio de Cabrera iba progresivamente consolidándose en el Maestrazgo, presentándose sus columnas delante de las capitales de provincia y desafiando á sus guarniciones. Tomaban puntos fortificados que incendiaban ó inutilizaban, paseándose, si no del todo impunemente porque no siempre podían eludir el encuentro de las fuerzas liberales, continuamente y con holgura por el territorio de las provincias de Valencia, Castellón, Teruel y Zaragoza que sin cesar ponían á saco, proveyéndose abundantemente de recursos que les permitían, ayudados por la connivencia de los pueblos que les eran afectos, prolongar la fratricida lucha.

Ansioso de acudir al remedio del incremento que las facciones cobraban en Aragon, el gobierno se afanó por enviar refuerzos de los que (bajo la dirección del general don Felipe Montes á cuyas órdenes militaban Breton, el marqués de Villacampo, Palarea, Grases, Varleta, Rute y otros jefes acreditados) esperó resultados satisfactorios en los que el gabinete Isturiz se hallaba interesado en mayor grado que pudo estarlo el de Mendizabal, á fin de aplacar con ellos á la indomable oposición de los partidarios del último, que no perdonaban medio de desacreditar al gobierno interin lograban derribarlo, como no tardaron en realizarlo.

Coincidió aquel estado de cosas con el viaje á Madrid del general en jefe del ejército del Norte de cuyo objeto y circunstancias nos hemos ocupado en el capítulo en el que se hace mención del envío en auxilio de las tropas que operaban en Aragon de la brigada de vanguardia del ejército del Norte mandada por el entonces coronel don Ramon María Narvaez. Este jefe, con la actividad que constituía una de sus mas eminentes cualidades, marchaba, como en su lugar dejamos consignado, sobre Zaragoza, cuando la intervención de

San Miguel y las órdenes del gobierno distrajeran á la brigada del servicio de carácter político que principalmente motivaba su presencia en Aragon y la llevaron á tomar una parte esencial en las operaciones contra las facciones. La marcialidad, la disciplina, el buen porte de los tres mil infantes que condujo Narvaez al centro, ofrecieron el espectáculo, bastante nuevo en una época de desorden y de anarquía, que del paisanaje de los grandes centros de población habían cundido é infiltrádose en el ejército, de que aquella fuerza se rigiese con todo el vigor de la admirada ordenanza de Carlos III y no diese el menor signo de flojedad ni de licencia á pesar de hallarse en inmediato contacto con batallones desmoralizados y poblaciones que soliviantaban á la tropa en contra del gobierno. Una vez reforzado el general Montes con los elementos que el gabinete Isturiz ponía á su disposición, se preparaba á marchar sobre Cantavieja, cuartel general de Cabrera y arsenal de guerra en que el temible partidario había logrado establecer una fundición de cañones.

Desalojar á Cabrera de su plaza de armas é impedir que se apoderase de Morella que bloqueaban estrechamente las partidas carlistas, era el preferente objeto de Montes, y se disponía á efectuarlo, cuando el alzamiento de las provincias de Andalucía, los asesinatos de las autoridades de Málaga y las insurrecciones de Valencia, de Cartagena y Extremadura coronadas por la asonada militar de la Granja, arrastraron á las tropas estacionadas en Aragon á darse á pronunciamientos mas que á perseguir al enemigo, y vióse el general Montes abandonado y desobedecido por las brigadas mandadas por los generales Soria y marqués de Villacampo, y fué á buscar y halló refugio, como anteriormente hemos tenido ocasión de observar, en la brigada de vanguardia que estacionaba en la Puebla, donde fué recibido Montes con los honores y el respeto debidos al general en jefe. Solo horas continuó siéndolo, pues en vista de la defección de San Miguel que en Zaragoza se había pronunciado y del suceso de la Granja, dió Montes su dimisión, siendo reemplazado por el antedicho general, á cuyo cargo quedaron desde el mes de agosto las operaciones del Centro.

Narvaez, que había tenido á raya á Quiles é impedido que la expedición de don Basilio, que procedente de las provincias Vascongadas invadió á Castilla, hiciese mayores progresos, se hallaba á las manos con la facción del Organista, cuando le llegó una real orden del recién instalado gabinete presidido por Calatrava, por la que se le prescribía que inmediatamente se pusiese en marcha para Castilla la Nueva, amenazada por Gomez, que en aquellos dias paseaba de provincia en provincia la bandera del Pretendiente. Narvaez, que cuando la pasión no le enajenaba, como no tardó en acontecer con ocasión de sus desavenencias con el ministro de la Guerra Rodriguez Vera, era un gran disciplinista, detuvo su persecución del Serrador y púsose inmediatamente en marcha para su nuevo destino. Al emprenderlo es fama que dijo, llevado de su natural y expresivo lenguaje: *Esta facción sí que puede decir que vive de real orden.*

Interin la brigada Narvaez y las tropas de Aragon se esforzaban por tener á raya las facciones, el gobierno en las agnias del gabinete Isturiz no perdonaba medio para allegar refuerzos á las provincias del Centro; interesado como se hallaba en contener los progresos del enemigo, había confiado el mando de una columna de operaciones á don Francisco Valdés, hombre que gozaba de gran reputación entre los progresistas como procedente de la emigración liberal, como amigo y compañero de Torrijos y mas particularmente en memoria de haber sido el arrojado jefe que en plena restauración ejecutó (en 1824) el audaz golpe de mano de haberse apoderado de la plaza de Tarifa.

Había sido destinado Valdés á Aragon, y el Capitan general de aquel distrito le había encomendado la defensa de las ricas riberas del Jiloca y el Jalón.

Cruzábanse las partidas rebeldes por aquellos territorios, é informado Valdés en Daroca de que Quiles merodeaba en la campaña de Monreal, dirigióse á su encuentro, habiendo tenido la fortuna de sorprenderlo en Bañon en la madrugada del dia 31 de mayo. No acompañó la prudencia á la fortuna en la

direccion que Valdés dió á su fuerza, pues dueño que fué del pueblo, sin que de su entrada se hubiese apercibido el enemigo, se entregó su gente á lanzar ruidosos gritos de *viva Isabel III!* despertando á los carlistas que dormían sin haber cuidado de ocupar las avenidas de la poblacion. El peligro dió aliento á los de Cabrera, y encontrando franca una de las salidas, corrieron á una colina situada á corta distancia, y rehechos en ella, hicieron cara á los soldados de Valdés que en número de doscientos ó trescientos hombres atacaron á los carlistas, interin la mitad de la columna vagaba por la poblacion cazando enemigos y afanándose por coger sus equipajes. Valdés, á quien nunca faltó valor, creyó que los 150 caballos que contaba en su columna podrian por medio de una carga romper la hueste carlista reunida en la ladera. Pero como en lances de guerra lo imprevisible suele ser lo mas frecuente, los infantes de Quiles recibieron serenamente á los jinetes de Valdés, obligándoles á volver grupas, arrollando en su huida á sus compañeros de infantería, y produciéndose de sus resultas una confusion y un pánico, que hizo caer prisioneros en manos del jefe carlista, sorprendido y vencido momentos antes, la casi totalidad de la columna de Valdés, que compuesta de 1,100 infantes y la caballería, dejó en poder de los carlistas 900 prisioneros, la mayor parte de los cuales, para colmo de vergüenza, engrosaron las filas carlistas jurando al Pretendiente por Rey. Sobre treinta oficiales y once miñones que no quisieron imitar la debilidad de los que sentaron plaza con Quiles, fueron bárbaramente fusilados.

No libró al desgraciado Valdés de los rigores de una formacion de causa con motivo de aquel desastre, ni su abolengo liberal, ni el renombre de que gozaba entre el partido del movimiento.

Las operaciones del mes de junio no fueron de grande importancia en las comarcas en que Cabrera hacia la guerra, y la mayor que en su favor pudo señalarse consistia en el dominio que ejercia sobre el territorio del antiguo corregimiento de Tortosa, sus proyectos para apoderarse de Morella, de la que mas tarde debia posesionarse, y el rigor, acompañado de éxito completo, con que esquilmba el país, imponiéndole tributos y sacando de los ricos pueblos de las provincias de Valencia y Castellon abundantísimos recursos de todo género.

Nombrado, como queda antes dicho, San Miguel en reemplazo de Montes, su primera medida como general en jefe del Centro fué la de llevar á efecto la que tuvo dispuesta su predecesor para desalojar á Cabrera de la posesion de Cantavieja. En marcha sobre dicho punto tuvo que suspenderla para acudir en auxilio de Gandesa, nuevamente sitiada por Cabrera. Retiróse este á la aproximacion de San Miguel, quien se disponia á formalizar el sitio de Cantavieja, operacion que hubo de suspender una vez mas, llamado con urgencia por el gobierno á Castilla para contener los progresos de la expedicion de Gomez, que eran á la sazón la pesadilla del gobierno y del público liberal, atónito y alarmado en vista de la presencia de aquel partidario, que traia recorrido la mitad del territorio de la Península, sin que hubieran podido dar fin á la division expedicionaria el general Alaix que le venia siguiendo desde Asturias y Galicia, ni el ministro de la Guerra Rodil, salido en su busca al frente de una brillante division, compuesta de los batallones y escuadrones de la Guardia Real que compusieron bajo las órdenes de Quesada la guarnicion de Madrid.

Cabrera, que se habia unido á Gomez, segun quedará expuesto al hacer la curiosa historia de la célebre expedicion del peregrinante general carlista, dejó confiado el mando á Llangostera, buen organizador, como procedente de las filas del ejército. Supo este jefe formar hasta seis escuadrones con caballos arrebatados á los infelices labradores, y desplegó tanta energía como acierto para contrarestar las operaciones de las columnas que San Miguel, Narvaez y Borsó di Carminatí (este último brillante oficial italiano venido al servicio de España con la legion auxiliar procedente de Oporto) no cesaban de dirigir contra las facciones. Es fama que Borsó desplegó extremada severidad con los pueblos afectos á la causa enemiga, incendiando aquellos cuyos habitantes se señalaron por servicios activos prestados á los carlistas.

Habia llegado el encarnizamiento de la venganza y del espíritu de partido en aquellos tristes dias á un frenesi tan exagerado, que dióse en ellos el atroz ejemplo de que un indigno sacerdote, el cura de Marva, don José Llorente, llevase á cabo contra la opinion de los mismos jefes carlistas, el fusilamiento á sangre fria de cien capitulados que guarnecian el pueblo de Miravel y que apenas habian opuesto resistencia.

Son tan característicos de las impías costumbres engendradas por aquella época de barbarie y de sangre, los pormenores de la carnicería consumada en el pueblo de Alventosa, que como dato que la posteridad no debe ignorar, insertamos entre los documentos de referencia bajo el número I el testimonio irrecusable de un testigo é inocente actor en la lúgubre tragedia.

Todas las malas pasiones que las guerras civiles desencadenan ostentaban su fealdad y sobrecargaban el negro cuadro de nuestras intestinas discordias. La infidencia y traicion hallaron cabida hasta en los pechos de la oficialidad del ejército defensor de la libertad. Entre la guarnicion de Morella, plaza ardientemente codiciada por los carlistas, lograron estos hallar cómplices. Un capitán de artillería, don Juan Malsa de Lizana, y varios oficiales y sargentos del provincial de Leon, se prestaron á entrar en la trama de entregar la plaza, á cuyo efecto trataron de ganar á sus compañeros, por cuyas revelaciones informado el gobernador del peligro, fueron presos en consecuencia los culpables, y sustanciado el crimen ante el correspondiente consejo de guerra, sufrieron la pena de ordenanza juntamente con diez paisanos sus cómplices, entre los que se hallaban un maestro de escuela, el administrador del conde de Crissel y doña María Malmene, la que tambien sufrió la última pena, que habria sido acto meritório haber conmutado en la aplicacion de la inmediata.

Y no se limitaron á la conspiracion descubierta y castigada en Morella las fraguadas en otras importantes localidades para franquear su posesion á los carlistas. En Valencia, en Tortosa, en Vinaroz encontraron cooperadores en sus planes, que afortunadamente no llegaron á realizarse, sin que por ello dejasen de existir focos latentes de conspiradores que no cesaron de maquinár interin duró la guerra en el país vascongado y hasta que el convenio de Vergara y la expulsion de Cabrera del territorio de la Península devolvieron á España la paz por la que tan ardientemente suspiraba.

Resuelto San Miguel á ceñirse el laurel de la toma de la plaza de armas de Cabrera, no tomó al emprender las operaciones el camino mas corto por Aliaga y Solana de Villaroya que solo le habria obligado á andar diez y nueve leguas. Prefirió dirigirse por Castellon para recoger artillería de Peñíscola y procurarse medios de transporte, atendida la dificultad de racionar las tropas en un país esquilmbado por las facciones y cuyos habitantes hostiles á la causa liberal huían de sus domicilios, llevándose cuantos efectos podian ser trasportados. En su marcha detúvose San Miguel en persecucion de facciones que se pusieron á tiro de ser batidas. Llegado á Albarracín dejó las tropas á cargo de Noguerras, quien ya se hallaba libre del destierro y formacion de causa impuéstole de resultas del homicidio de la madre de Cabrera, trasladándose San Miguel en persona á Zaragoza á fin de allegar el metálico necesario para el prest, pago y mantenimiento del cuerpo de ejército sitiador.

El 3 de octubre salia de Zaragoza con deliberado propósito de no dejarse distraer por nada que pudiera diferir el ataque y toma de Cantavieja, resolucion en la que perseveró, no obstante haber recibido una real orden que le prescribia se dirigiese á Molina con el mayor número de tropas que pudiese reunir, orden dictada, como todas las que en aquellos dias procedian del ministerio de la Guerra, por el casi pánico terror que sentian el gobierno y los habitantes de Madrid á la aproximacion de Gomez, quien acababa de batir y hacer prisionera en la Alcarria la brigada de granaderos de la guardia mandada por el brigadier don Narciso Lopez.

A costa de una penosísima marcha y embarazado por la necesidad de llevar consigo un convoy completo, compuesto de trescientos carros y numerosas recuas de acémilas, reunióse San Miguel con Noguerras y con Borsó en Iglesuela.

El gobernador carlista de Cantavieja trató de imponer á San Miguel invocando que aquella plaza era un depósito de prisioneros, que conteniendo los que habia hecho la division de Gomez y siendo esta procedente de las provincias del Norte, hacia aplicables á Cantavieja las estipulaciones del convenio de Lord Elliot, en virtud de las cuales los depósitos de prisioneros se hallaban garantizados de ser hostilizados. Amenazaba el gobernador con fusilar á los prisioneros si no era atendida su reclamacion, que fácilmente refutó San Miguel, observando que el tratado de Elliot no comprendia las provincias del Centro, interin en virtud de nuevas estipulaciones no se extendiese á ellas su aplicacion.

La crudeza del tiempo que cubrió los campos de nieve y ocasionaba á los sitiadores crueles penalidades, no retardó sin embargo las operaciones. En su vista repitieron los sitiados sus tentativas de intimidacion de dar muerte á los prisioneros al primer cañonazo que se tirase contra la plaza, y para dar mayor fuerza á la plegaria acompañaba al arcipreste portador del mensaje, el brigadier don Narciso Lopez, que era uno de los primeros enviados por Gomez á Cantavieja. Para descartar la nueva é improcedente instancia bastó á San Miguel declarar que por su parte cumpliría con los artículos del convenio Elliot, dando paso franco á la escolta que de la plaza condujese los prisioneros á otro punto fortificado en territorio poseído por los carlistas, habiendo intimado al propio tiempo al gobernador que si no obstante esta oferta atentaba contra la vida de los prisioneros, la responsabilidad caeria toda entera sobre los autores del quebrantamiento de las leyes de la humanidad.

En los dias 28, 29 y 30 el fuego dirigido contra la plaza fué tan certero y tan débil la defensa, que Noguerras se apoderó del fuerte exterior de la ermita de San Blas. Los huidos defensores de este reducto buscaban refugio en la plaza que por la noche abandonó toda la guarnicion sin cuidarse de los prisioneros, que fueron los primeros en dar aviso á sus libertadores de la fuga del enemigo.

Creíase, y no sin fundamento, que se hallarian en la conquistada plaza abundantes provisiones y efectos de valor, fruto de los saqueos y exacciones ejecutadas en los ricos pueblos de la ribera de Valencia, rapiñas que era sabido haber sido conducidas á Cantavieja. Creíase además haber sido considerable el acopio de frutos coloniales que encerraba la plaza, pero nada se encontró, siendo la opinion mas generalmente admitida que lo que no ocultaron los vecinos que permanecian en la poblacion, cayó como expolio en manos de impuros empleados de la hacienda militar, sospecha que corroboró el hecho de que varios de ellos se hicieron ricos y á muchos mas se los vió poco despues expender libremente cacao, azúcar, canela y otros efectos, verosísimamente procedentes del fraudulento clandestino saco de Cantavieja.

Interin San Miguel sitiaba á Cantavieja, Llangostera esquilmba á su sabor las vegas de Aragon y de la provincia de Tarragona, cuando se vió requerido por Arévalo á quien Cabrera habia dejado investido del mando para que acudiese en auxilio de la amenazada plaza, á cuyo llamamiento respondió Llangostera poniéndose en camino á marchas forzadas.

A su llegada hubo junta de jefes, los que sabedores de lo cruda que la estacion estaba siendo para los sitiadores y de que se hallaban escasos de víveres, esperaron darles un rudo golpe al que siguiese el levantamiento del sitio; pero vieron desvanecerse sus ilusiones al presentárseles los numerosos dispersos procedentes de la rendicion de Cantavieja, y solo debieron ya pensar en lo expuestos que quedaban sus depósitos y sus almacenes de Beceite, que bien á pesar suyo conocieron no les seria posible defender una vez que se hallase Cantavieja en poder de los liberales. Dispúsose en su consecuencia que fuesen incendiados los fuertes construidos con gran trabajo en las gargantas del Tosal. Conservaron, no obstante, los carlistas el pueblo de Beceite, cuya posicion no permitia fuese batido sin artillería de sitio.

Ocupó San Miguel la mejor parte del mes de noviembre en los trabajos de organizacion requeridos para asegurar la posesion de la conquistada fortaleza, y despues de breves dias de estancia en Zaragoza donde le llamaban precisas atencio-

nes de su cargo de Capitan general del distrito, reuníase con Noguerras el 19 de diciembre y concertó con él la marcha sobre Beceite. Pero vióse el primero de dichos generales requerido por el gobierno para que con todas las tropas que pudiese reunir se dirigiese á Priego para estar á la mira y operar contra Gomez, terror, como hemos dicho, del gobierno y del público liberal. Como no tardarán nuestros lectores en estar en el caso de apreciarlo, eran los movimientos de aquel partidario tan rápidos, tan intenso el temor de que lograrse extendier por las provincias del interior el fuego de la rebelion, tan de temer verlo presentarse en las puertas de Madrid, que de todos los centros militares de donde pudieran sacarse tropas las requeria el gobierno para oponerlas á la amenazadora invasion. Trasmítia órdenes apremiantes á los generales para que cubriesen los puntos que reelaba pudiesen ser mas próximamente amenazados, y como la movilidad de Gomez burlaba las previsiones estratégicas del gobierno, seguíase de ello que las medidas dictadas en el día de hoy dejaban de ser convenientes en el de mañana, y habia que sustituirlas con otras que del mismo modo eran abandonadas en seguida.

Objeto San Miguel de esta clase de exigencias, invirtió todo el mes de diciembre en marchas y contramarchas sin resultado, teniendo muy á pesar suyo que dejar abierto el territorio de su mando á las incursiones carlistas, los que grandemente aprovecharon no verse activamente perseguidos para acrecentar sus fuerzas, mejorar su organizacion y levantar recursos.

Aburrido al cabo San Miguel de lo contradictorio de las órdenes que recibia, y que todas ellas lo alejaban del territorio de su mando, acabó por no ejecutarlas al pié de la letra, de lo que resentido á su vez el gobierno, lo relevó de los cargos de Capitan general de Aragon y en jefe de su ejército, nombrando para reemplazarlo á don Antonio Quiroga.

DOCUMENTO NUM. I

CARTA SOBRE LOS FUSILAMIENTOS DE ALVENTOSA (1)

Muy Sr. mio: En contestacion á la muy grata de V. debo decir, que en la mañana del 20 de octubre de 1836, se me presentó don José Llorente, oficial de la faccion que mandaba don Benito Catalan (a) el Royo de Noguerras, por ser yo síndico del ayuntamiento y ejerciente la jurisdiccion, y me dijo que necesitaba los sacerdotes que hubiese en el pueblo para auxiliar á cierta familia que traía. A este efecto nos encaminamos á casa del señor cura, y procurando este desviarse de su propósito diciéndole no tenia ánimo para tales actos, contestó Llorente que le siguiese; y saliendo con don Santiago Aparicio, tambien sacerdote, y yo, fuimos á la carretera y vimos una porcion de prisioneros que los subian hacia el alto de la cuesta, y donde se toma el camino de Rubielos. Me hicieron subir allí un barril de aguardiente, y despues de haber bebido dijo el Catalan que fueran principiando á confesar para fusilarlos; pero sin dar tiempo para la confesion, da orden para que les desnuden, y los prisioneros suplicaron al Catalan que no les quitase la vida; pero desatendiendo toda súplica tanto de los prisioneros como del ayuntamiento, clero, y las personas principales del pueblo, mandó que se les subiese una tabla, una azada y un pliego de papel; plantó la tabla en tierra en la carretera. Hecho esto y al principiar á fusilar, esforzamos nuestras súplicas diciendo que pidiese dinero y no los quitase la vida, á que contestó: «que si teníamos dinero para dar por los ladrones, que luego lo daríamos, que allí solo se admitia el cambio y sustitucion de uno por uno de los prisioneros.» Primeramente fusiló diez y nueve ó veinte, gritando los que iban á morir; viva Isabel II! Luego fusiló otros tantos en medio de la carretera en una heredad contigua. Los muertos fueron setenta y siete, y solo se libró uno, que fué el que abrió la iglesia del pueblo de Arcos, donde los cogieron. Su jefe llevaba un hijo y al tiempo de morir dijo que le quitasen la vida á él mismo, mas no á su hijo que no

(1) Este documento se halla textualmente inserto en la *Historia de la Guerra civil* del Sr. Pirala y confirmado por los Sres. Santa Cruz, Cabello y Temprado, en la de la guerra de Aragon, Valencia y Murcia.